

Caminando con Sam



Caminando con Sam

*Un padre y un hijo neoyorquinos,
y la magia del Camino de Santiago
para estrechar sus vínculos*



Andrew McCarthy

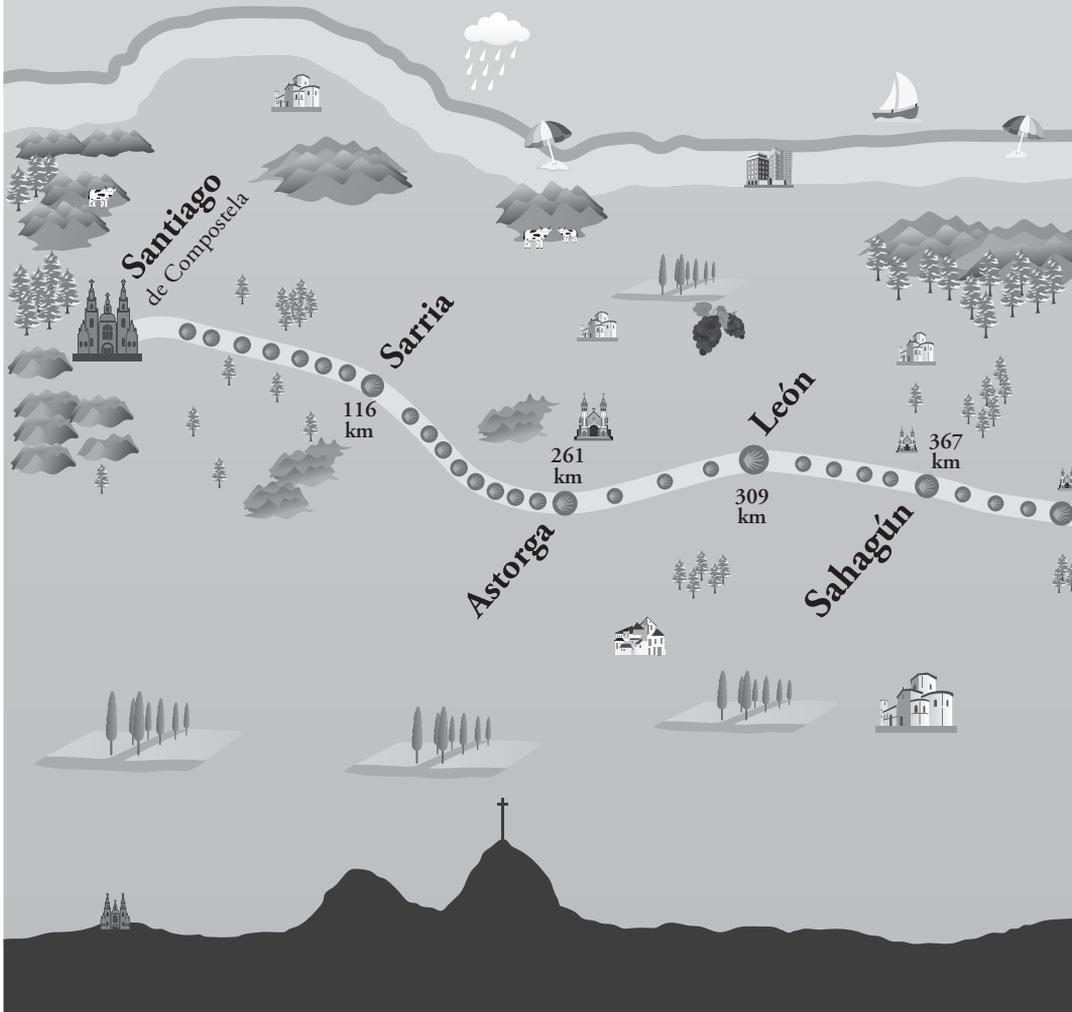
Traducción:
Jofre Homedes Beutnagel

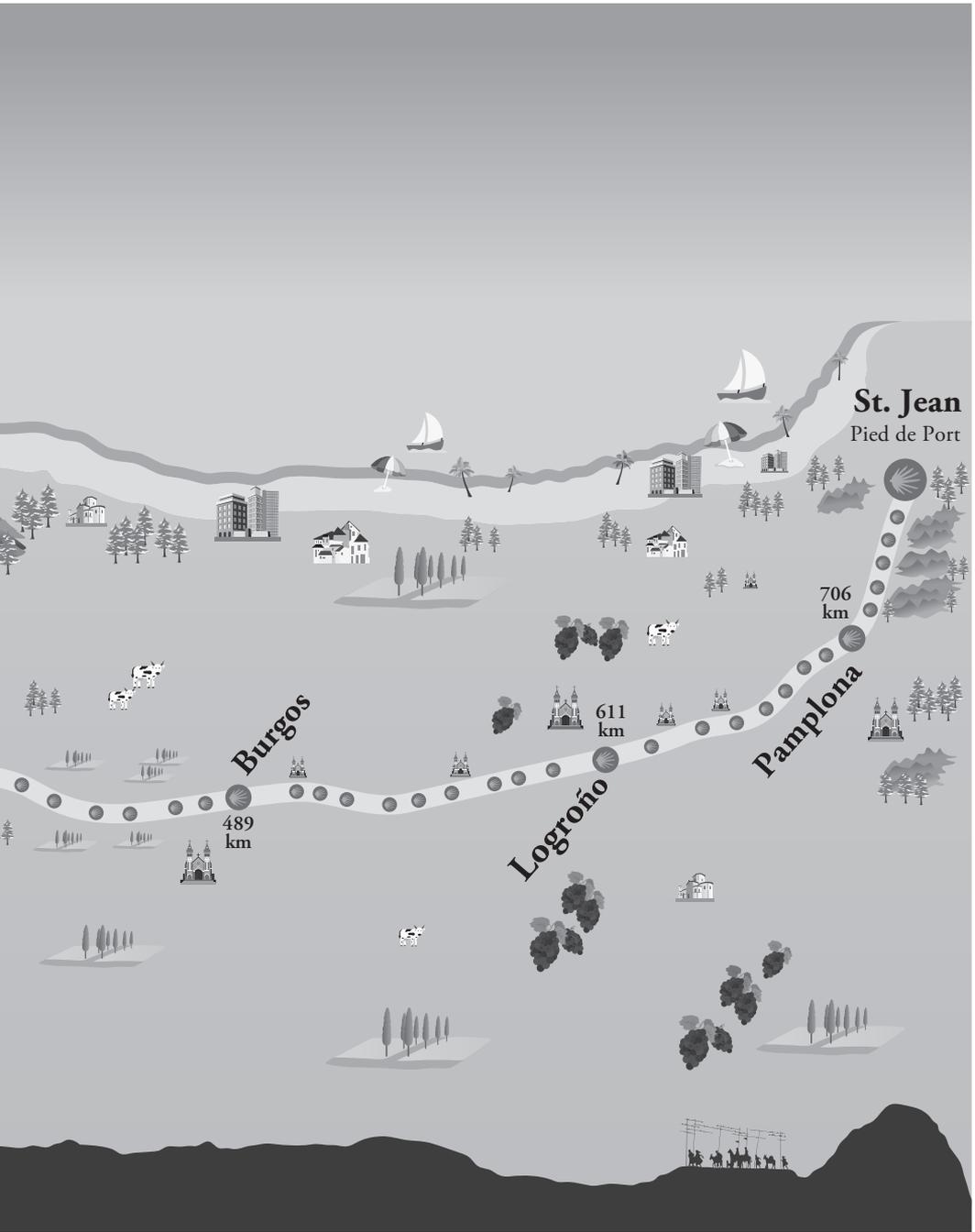
LAROUSSE



Camino de Santiago

Camino Francés





St. Jean
Pied de Port

706
km

Pamplona

611
km

Logroño

Burgos

489
km



Prólogo

De muy joven, cuando triunfé en el cine por todo lo alto y en muy poco tiempo, se me metió en la cabeza que mis éxitos eran injustificados, que no me los había trabajado y que todo era un gran engaño, algo inmerecido. Esta percepción interna se igualó a la externa cuando una revista publicó un artículo donde se me vinculaba a un grupo de jóvenes actores bautizado como el Brat Pack, «la panda de los mocosos», todos con el mismo sambenito de niñatos mimados e interesados solo por la fama. Según esa semblanza, yo me caracterizaba por no profundizar nunca en las cosas, por aspirar a los premios habiéndome saltado los esfuerzos. Era un peso pluma. Se podrá discutir si era verdad o no. De lo que no cabe duda es de que ese dictamen caló tanto en mí que acabó configurando el modo en que me veía a mí mismo.

Todo eso lo puso patas arriba hace un cuarto de siglo el Camino de Santiago. En ese viaje a pie no me había propuesto recuperar el relato de mi vida, al menos conscientemente, pero fue lo que pasó. Yo me había convertido en una persona reactiva, que huía de los ataques —o de lo que percibía como tales— y eludía el compromiso emocional mientras trataba de aferrarme a las pocas oportunidades —cada vez menos, en mi percepción— que se me presentaban. Mi paso por España plantó las semillas de otra manera de vivir las cosas, proporcionándome una base interna con la que seguir adelante. Y todo por el mero hecho de echarme a caminar. Caminé y caminé. Por todo un país. Cinco semanas; quinientas millas, u ochocientos kilómetros. Eso no había quien me lo quitase. Tampoco era fácil de subestimar, ni siquiera por mí. Crucé España por mis propios méritos.

Cada día de camino me lo recordaban los campanarios, aunque no por lo que se podría pensar. Al peregrino que va por los trigales, rodeado de polvo,

muy lejos de cualquier núcleo habitado, la primera señal de civilización que se le suele aparecer es un campanario despuntando sobre el horizonte, el punto más alto del pueblo. Verlos siempre me producía una mezcla de alivio y cansancio. «Pero cuánto falta aún, por Dios», pensaba siempre; aunque al final tardaba menos en llegar de lo que me había parecido, y con menos esfuerzo. Lo había conseguido. Yo solo, sin atajos.

Pasados los años, cuando ya no me veía como un hombre superficial que trampeaba por la vida, cuando ya era una persona merecedora de sus éxitos y capaz de digerir sus fracasos, pude atribuirles a ellos, a los campanarios, la primera sensación de haberme ganado con mi esfuerzo lo que había conseguido, y aquello en lo que me había convertido. Caminar tenía algo que se me había clavado hasta la médula, cuajando en un saber indestructible.

Después de tanto tiempo sintiéndome poco preparado, con algún tipo de carencia, y a menudo muy solo, tuvo que ser el Camino el que me enseñase mi solidez como persona. Fue el mayor de los muchos regalos que recibí de él. Ojalá lo hubiera aprendido mucho antes. Ahora ha llegado el momento de que el regalo cambie de manos, y por eso, veinticinco años después, vuelvo al norte de España. Y me traigo a mi hijo.

Primera parte

«Para convertirse en un caminante hace falta una dispensa directa del Cielo.»

—*Henry David Thoreau*



«¡Cómo me voy a hartar de ti...!»

A unos 780 kilómetros de Santiago

No es que se rompa, el vaso, es que explota en cientos o miles de fragmentos. Es una noche de verano, bajo la luz artificial de una terraza donde Sam y yo nos estamos levantando para irnos del bar de la céntrica plaza Charles de Gaulle, en el pueblo vasco de Saint-Jean-Pied-de-Port. Aquí, en el suroeste de Francia, al pie de los Pirineos, es donde la mano de Sam roza el vaso. En sus diecinueve años de vida, mi hijo ha volcado vasos de bebé, se le han caído bricks de zumo, ha vertido vasos de leche, ha tirado refrescos, ha tumbado bebidas energéticas y ha derramado flautas de champán. «Sin Sam tirando un vaso no es Acción de Gracias», comentó una vez su hermana pequeña, Willow, al verle derramar todo su vaso de agua por encima del pavo. Son incidentes que a veces hacen gracia... y a menudo no.

Esta noche mi reacción es un amago de rabia que sofoco al darme cuenta de que es la manifestación de los nervios del viaje en el que estamos a punto de embarcarnos. Le sucede un atisbo de vergüenza al ver girarse las cabezas de varios comensales. Me río, quitándole importancia. Toda esta reacción emocional en cadena dura menos de un segundo. Luego miro a Sam a los ojos y me lo encuentro con la boca abierta y una expresión en la que se mezclan la sorpresa, la resignación de siempre, el ruego de indulgencia y una curiosa aceptación de su forma de ser.

Entro a explicarle lo ocurrido al camarero, un hombre con bigote que va en busca de un recogedor pequeño y una escobilla. Le insinúo que hará falta algo más grande, y él se me queda mirando. Asiento gravemente. Se va a buscar la escoba.

Hemos aterrizado hace unas horas en Bilbao. Durante el vuelo, Carol, madre de Sam y mi exmujer, me ha mandado un mensaje de texto: «Llevabas queriendo hacer este viaje desde antes de que Sam empezase a caminar. ¡Disfrútalo! (Y llévate unas tiritas para las ampollas.)»

—Mamá nos ha mandado un mensaje para desearnos suerte —he dicho mientras recogíamos las mochilas en la cinta de equipajes—. Por cierto, ¿has traído tiritas?

—Eso es cosa tuya, bro.

Un taxi nos ha llevado a Francia, cruzando una frontera invisible, y nos he dejado, casi ya de noche, en la puerta de un pequeño hotel. Estaba cerrada. He llamado al número enganchado con celo en el cristal. Al cabo de un rato nos ha abierto un hombre joven, con cara de amargado, que iba arrastrando los pies como alguien el doble de viejo. Nos ha dado la llave. He subido y, tras echar un vistazo, he bajado corriendo antes de que desapareciera otra vez el recepcionista.

—Necesitamos dos camas —le he dicho en mi mal español. (Estábamos en Francia)—. Había reservado una habitación con dos camas.

Él me ha mirado fijamente.

—Hay dos camas —ha dicho en inglés.

Al subir me he encontrado a Sam tirado en la de matrimonio, con la mochila en el suelo. No sé cómo, pero con las prisas de comprobar que todo estuviera bien no me había dado cuenta de que al lado de la puerta había una pequeña cama individual.

—¿Adónde has ido? —me ha preguntado él.

He tenido la tentación de mentir a mi hijo.

—Pues...

El Camino de Santiago tiene fama de sacar a flote los miedos, dudas e inseguridades de los peregrinos que se deciden a recorrerlo. Mi experiencia de hace tiempo lo confirma, ¡pero es que ni hemos empezado! Ya noto que asoma la cabeza ese vago y viejo temor de que me falte algún tipo de capacidad paterna innata, junto con la persistente sensación, más vieja aún, de no dar

la talla. Quizá en este viaje se desvelen todas mis deficiencias: mi hijo se dará cuenta de que soy un farsante, un fracasado, un debilucho. Igual todo es culpa de mi padre. Igual ha sido pésima idea emprender este viaje. Igual solo era el hambre.

—No he visto la otra cama —he confesado.

—¿Qué?

—Que no me he dado cuenta de que estaba esta cama.

Sam ha levantado la vista de su móvil.

—Chilea un poco, bro.

He ido al fondo de la habitación y he abierto los postigos de madera. Daban a la Rue de la Citadelle, una calle adoquinada medieval. El Camino. Llevaba veintiséis años haciéndome la promesa de que lo repetiría, y empezaba a tener mis dudas de que se cumpliera. Parecía que el tiempo fuera a llevarse algo que yo sabía que era importante, y que esa pérdida no habría más remedio que justificarla con la edad. Pero no, está visto que la vida no ha hecho sino esperar el momento propicio.

Aquí empezarán los cerca de ochocientos kilómetros a pie que nos llevarían, por el País Vasco francés, al otro lado de los Pirineos, a Pamplona, las extensiones vinícolas de La Rioja, Burgos, la Meseta y, bajando de su inadvertida altura, al bullicio de León y las verdes colinas de Galicia, hasta acabar en el extremo occidental de la península Ibérica, en la catedral de Santiago de Compostela, transcurrido poco más de un mes, siempre que fuera todo bien.

—Vamos a cenar algo antes de que cierren los restaurantes —le he dicho a Sam.

—Eh, bro, que acabamos de llegar —me ha contestado desde la cama sin quitar la vista del móvil.

—No estás en Nueva York, Sammy. Aquí las cosas cierran.

—Vale.

No se ha movido.

—¡Venga, que tengo hambre!

—Jo, tío, ¡cómo me voy a hartar de ti...!



La primera vez que le planteé en serio a Sam la idea de este viaje a pie fue hace varios meses, en Manhattan, donde vivimos. Estaba recogiendo la cena cuando mi hijo mayor entró en la cocina.

—Oye, Sam, ¿te apetecería ir a caminar?

—¿A caminar? ¿Por qué?

—Me ha parecido buena idea.

—La verdad es que no mucho.

—Bueno.

Salió de la cocina.

—¿Adónde? —preguntó unos minutos después desde el salón.

—¿A España! —contesté.

Volvió a la cocina.

—¿A España?

—Sí.

—Creía que lo decías en plan ir al súper a por papel de cocina, o algo de ese palo.

—Pues no.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Más o menos un mes. Cinco semanas.

—¿Al Camino, dices?

—Exacto.

Una larga pausa.

—Por mí, vale.

Disimulé mi alegría.

—Pero aún no, ¿eh? —añadió rápidamente Sam—. Tengo cosas pendientes. Ahí quedó la cosa, hasta que una tarde, hace poco, recibí una llamada.

—¿Todo bien, Sammy?

Lo «pendiente» que tenía Sam, y que llevaba durando un año y medio, era su primera relación seria de pareja, que se había cortado de golpe. Me consta-

ba que había sido una ruptura brusca, de las malas, y que le había dejado por los suelos.

—Papá, si aún quieres hacer la caminata —masculló mi niño por teléfono—, me apunto.

—¿En serio?

—Sí, claro. —Se le notaba muy cansado—. Total...

Sabedor por experiencia de que a veces la ayuda se pide con tono de total desinterés, fui al salón, encendí mi ordenador y compré dos billetes de avión.

Han pasado unos días y aquí estamos.

Hace una mañana fresca, con restos de niebla en el valle. Impaciente por salir, me he asomado de nuevo a la ventana y veo a seis o siete personas de ambos sexos (solos o en parejas, todas con mochila) yendo por la estrecha calle hacia la Porte d'Espagne, el arco de piedra del final de la Rue de la Citadelle, por donde se sale del pueblo y se cruza el río Nive para ascender por las montañas. Los que hacen el Camino de Santiago suelen salir temprano; a las siete de la mañana ya están la mayoría en pie, y muchos se levantan antes del amanecer. Son más de las ocho, pero yo sigo sin lograr que Sam salga del baño.

—¿Me cambio de calzoncillos? —berrea al otro lado de la puerta.

El mayor de mis tres hijos está a punto de entrar en la vida adulta e independizarse.

—¿Me necesitas a mí para esas decisiones, Sam? —contesto.

Normalmente nunca había hecho falta estar tan encima de él. De hecho, ni siquiera se dejaba. Queda ya muy lejos la época en que yo tenía el poder de alegrarle solo con mi atención y mi cariño. (Ese placer lo tengo aún con el pequeño, Rowan.)

Nuestra relación ha sido mucho más estrecha que la que tenía yo con mi padre cuando me fui de casa a los diecisiete años para no volver. Aun así, quizá por mi historia personal, siempre he tenido miedo de que Sam y yo estemos predestinados a separarnos de forma parecida.

En ese sentido no ayudó que se metiera tan a fondo en su relación con «La Ex», dando la impresión de habernos dejado de un día para otro y poniendo

un fin brusco a esas noches en que entraba sin llamar en nuestro dormitorio y se ponía a dar vueltas al pie de nuestra cama, de Dolores y mía, explicando cómo le había ido el día, emitiendo proclamas sobre por qué el colegio era una pérdida de tiempo o dándome consejos que yo no le había pedido sobre cómo enfocar mejor una conversación anterior con su hermana Willow. Desde entonces, Dolores y yo nos limitábamos a apagar la luz.

Yo era consciente de que esa evolución se ajustaba a la conducta típica, normal e incluso deseable entre la gente joven que descubre el amor y el sexo y empieza a construir su propia vida, pero el enésimo día en que Sam entró, cruzó la casa y volvió a salir sin tan siquiera un gruñido de saludo, mientras su novia esperaba en la puerta sin decir ni mu, Dolores me dijo: «¿Qué pasa, que ya no vamos a tener a Sam en nuestra vida?», y me topé de bruces con la posibilidad de que mi relación activa con mi hijo se hubiera terminado.

Yo de joven —como tantos— nunca me había planteado ser padre, pero el amor que siento hacia mis hijos, incomprendible incluso para mí, me sitúa a la par de prácticamente todas las personas que los tienen, y si me preguntaran qué criterio adoptaría para saber si he triunfado en la vida, contestaría que si todos mis hijos desearan una relación estrecha conmigo al hacerse mayores, y a lo largo del resto de su vida, me daría por más que satisfecho. No me interesa ser amigo ni colega suyo. Me conformo con ser su padre. Sin embargo, ahora que el trabajo cotidiano de criar a Sam va diluyéndose, la única manera de que evolucione —y hasta de que sobreviva— nuestra relación será que ese vacío lo colme otra cosa, la formación de una relación singular y única entre dos adultos.

Al no poder adoptar como patrón la relación que tuve con mi padre, y como mi primer Camino fue tan determinante para mi madurez, veo este viaje como una oportunidad de poner en marcha mi transición emocional con Sam.



Nos sentamos a desayunar un modesto bufé. Sam se ha quedado mirando la mesa. Viéndolo tan pensativo me pregunto si estará reflexionando sobre su propia versión de estas cuestiones tan solemnes. ¿Albergará también él la esperanza de que esta caminata otorgue mayor profundidad a nuestro vínculo? Quizá esté preparándose para el largo trayecto que tenemos por delante. Puede que esté visualizando el recorrido como un profesional del atletismo visualiza una carrera en la que se dispone a tomar parte.

—Mira —susurra de pronto.

—¿Qué?

—Mira hacia donde estoy señalando. —Su tono es francamente tenso—.

Hay un pelo negro en mi jamón.

Pone cara de estar sufriendo tanto, de estar tan horrorizado, que por unos instantes parece que el cabello errante tenga el poder de trastocar por completo nuestro viaje. Resisto el impulso de tomarme yo también tan a pecho esa imagen poco gratificante. La capacidad de manejar las vivencias de los hijos tiene un límite. Tarde o temprano hay que enfrentarse por sí solo a los pelos de la vida, y este momento me parece tan bueno como cualquier otro para empezar a forjar nuestra relación entre adultos.

—Coge otra cosa, que si no tendrás hambre.

—No, vámonos.

Aparta la silla de la mesa.

Al salir a la calle vamos al *Accueil des Pèlerins* (la Oficina del Peregrino), que queda cerca. Es tan tarde para ponerse en marcha que no encontramos a nadie, solo a un voluntario sonriente cuyo español tiene un claro acento francés, y al que a duras penas entiendo, lo cual no nos impide hacernos con nuestras credenciales del peregrino, unos papeles que se pliegan como un acordeón y que hay que sellar en cada parada del recorrido para poder demostrar que se ha hecho el viaje al llegar a Santiago. El voluntario nos aconseja que cojamos cada uno una de las conchas de vieira que hay detrás de nosotros, encima de una mesa. Es el símbolo tradicional del peregrino que llevan casi todos los que hacen el Camino, luciéndolo orgullosos sobre la mochila, en muchos casos.

Tengo una sorpresa para Sam, que he traído de casa. Tuve que buscarla varios días, obsesivamente, y en mi imaginación protagoniza una conmovedora escena en el momento de empezar el recorrido.

—Quería darte algo —le diré a mi hijo.

—¿Qué, papá? —contestará él.

Entonces, desenvolviendo con cuidado un pañuelo, dejaré a la vista una vieja concha de vieira.

—No lo entiendo —quizá diga él con el ceño fruncido.

—La llevé por toda España en mi primer Camino antes de que nacieras, y hace años que la guardo. ¿Quieres llevarla?

—¡Papá! —exclamará mi hijo, echándome los brazos al cuello.

Sam, en cambio, se vuelve hacia la mesa sin tiempo de que pase nada parecido a como yo lo había imaginado.

—Esta misma —dice cogiendo una concha.

Mi fantasía sentimental se queda en agua de borrajas. No abro la boca, diciéndome que es su Camino, a fin de cuentas. Eligiendo también yo una concha nueva, decido dejar la vieja en las profundidades de mi mochila, sin tan siquiera mencionarla. La verdad es que tampoco me convencía del todo cargar a mi hijo con la obligación de pasearse con una reliquia de mi pasado. Bastante pesan ya los pecados del padre. No hacen falta metáforas tan evidentes.

Nuestra siguiente parada es una de las muchas tiendas que han aparecido desde la primera vez que estuve aquí. Entonces había pocos servicios a disposición del peregrino, pero a lo largo de estas décadas ha surgido toda una industria en ayuda de quienes van a pie hacia Santiago, y también, por qué no decirlo, de los autóctonos. Elegimos cada uno un bastón largo, y por fin estamos listos para empezar.

—Tengo que hacer caca —dice Sam.

Me doy una palmada en la frente. ¿¡En serio!?

Volvemos a la habitación para los últimos preparativos. Distribuyo por última vez el peso en mi mochila, e insto a Sam a dejar el móvil y prepararse también él.

—Chill, chill, que son mis últimos cinco minutos en TikTok.

Se prueba su nuevo sombrero delante del espejo. Se le ve tan joven, con las facciones tan tersas y los ojos azules tan vivos... Mi hijo tiene una sonrisa ancha y asimétrica, como la mía. Ambos estamos aturcidos, nerviosos de emoción. Le hago varias fotos muy seguidas mientras se pone la mochila. Salen borrosas, porque no podemos parar de movernos. Pese a mi escaso acierto fotográfico, las imágenes muestran a un joven tan inocente, tan emocionado, abierto y vulnerable... En este momento no hay el menor rastro de su pose habitual de indiferencia. Salimos por la puerta.

«Estoy cansado»

A unos 780 kilómetros de Santiago, todavía

Sam, que no ha caminado ni cien metros, se para a atarse un zapato en el empedrado del puente sobre el Nive.

—Estoy cansado —dice.

Mi reacción al comentario es una mezcla de pánico y frustración a partes iguales.

—Bueno, Sam, y ¿qué te gustaría hacer?

—No, nada, solo lo digo.

Salta la tensión entre nosotros, nacida de los nervios de empezar. Para canalizarlos, saco mi teléfono y nos hago un selfi. Hago varios más.

—Supongo que no estarás haciendo fotos todo el rato, ¿no?

En vista del dudoso pie con que empezamos, decido agravar el problema explicándole a mi hijo un poco de historia del Camino.

En el año 813, en el extremo occidental de España, Pelayo, un ermitaño, siguió un rayo de luz que lo llevó a una cueva en la que descubrió los restos, largo tiempo olvidados, del apóstol Santiago.

—Pero bueno... ¿En serio?

Sam se aparta de la pared con un gemido y empieza a cruzar el puente.

De Santiago hay pocos datos en la Biblia, más allá de que en respuesta al llamamiento se alejó enseguida de su padre, y de su dedicación a la pesca con red, para seguir a Jesús. Tuvo la suerte de estar en el sitio y el momento indicados para presenciar algunos de los grandes hitos del primer cristianismo, como la Transfiguración y el llanto de Cristo en el huerto de Getsemaní. Tam-

bién tuvo la soberbia de pedir ser sentado a la diestra de Jesús en el paraíso, cosa de la que el Señor no quiso saber nada.

—Para, por favor —dice Sam.

Cuenta la leyenda que tras la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo Santiago fue a la península Ibérica para difundir la Palabra, pero no debía de ser muy convincente, o al menos no debía de contar con la oratoria necesaria para cautivar a una multitud, porque sus desvelos le procuraron solo siete discípulos. Por suerte se le apareció la Virgen María en la orilla del Ebro, milagro que le convenció de volver a Judea, donde al poco tiempo, en el 44, fue martirizado por la espada del rey Herodes Agripa, con lo cual quedó asegurado su legado.

—Y aún falta lo mejor —le prometo a Sam.

—Eso espero —dice él.

La cuesta, cada vez más pronunciada, nos obliga a inclinarnos.

—Luego, unos ángeles se llevaron su cuerpo y su cabeza decapitada, y los depositaron en una barca de piedra que condujeron sana y salva de regreso a España por el mar. Menos mal, porque la barca no tenía timón, remo ni vela. Al llegar, algunos de los pocos discípulos de Santiago que quedaban en la península se llevaron el cuerpo, y lo enterraron cerca, en una cueva, donde nadie lo tocó ni se acordó de él en ochocientos años, los que tardó en llegar Pelayo. ¿Te acuerdas de Pelayo, el ermitaño?

—Pues claro —miente Sam, que dudo que aún escuche.

El ermitaño-pastor informó de su descubrimiento al cura de la zona. Una vez autenticadas las reliquias por el obispo, el rey Alfonso II mandó construir una capilla a la que acudían corriendo, o mejor dicho caminando, los devotos. En el siglo XI ya llegaban a Santiago mil peregrinos al día, inspirados por las indulgencias plenarias que prometían la remisión total de los castigos temporales a cambio de haber hecho toda la peregrinación. Resumiendo, que pegándote una buena caminata te podías ahorrar un montón de tiempo en el purgatorio.

Un cínico podría alegar que el hallazgo de los restos de Santiago y la consagración de este lugar aislado por la Iglesia tenía motivaciones políticas. A esas

alturas del siglo ix la mayoría de la península estaba en manos musulmanas, y la Iglesia quería recuperarla, para lo cual, esencialmente, proclamó: «Mientras caminas por España para purificar tu alma todopoderosa, mata a los malditos moros». Y cuando se anunció que Santiago se había aparecido sobre un brioso corcel para ayudar a abatir a las hordas del Islam, deteniendo su avance, ya no hizo falta más. Ya no hubo quien frenara a los fieles.

Llegó el Renacimiento y, con España firmemente en manos de la Iglesia católica, el Camino perdió mucho atractivo y popularidad. Durante siglos fue languideciendo, con muy poca gente que lo recorriese. Solo en la segunda mitad del siglo xx, gracias a los esfuerzos de unos cuantos curas de la zona, y más adelante de las oficinas de turismo españolas, cobró nueva vida el interés por el peregrinaje, que empezó a crecer de nuevo.

—¿O sea, que está enterrado en la catedral?

Sam me sorprende demostrando que algo, como mínimo, ha escuchado.

—Puede ser.

La Iglesia católica ya no asegura, como antes, que los restos de Santiago se encuentren realmente en la ciudad. Por no afirmar, ni siquiera afirma que pasara alguna vez por España. Ya no se usa la palabra «sepulcro» en referencia a la catedral como última morada del apóstol. Tampoco se puede pronunciar el término «reliquia» para designar lo que quizá esté enterrado, o quizá no, bajo el altar mayor. El papa Benedicto XVI dio un paso más en ese sentido al decir que la catedral solo estaba «vinculada a la memoria de Santiago».

No parece, con todo, que al creciente número de peregrinos que hoy recorren el norte de España les disuadan todos estos malabares con el apóstol. Lo que está claro es que a Sam no le interesan estas trivialidades.

—Papá... —dice, cortando mi discurso.

—Vale, vale, Sam. Es que me ha parecido interesante.

Por delicadeza, o por aburrimiento, mi hijo no dice nada.

La Rue d'Espagne nos lleva hasta el final del pueblo, desde donde empezamos a subir por las montañas. A pesar de que Saint-Jean solo tiene mil quinientos habitantes, se tarda un poco en dejar atrás los rojos tejados de la

sociedad. El aire es fresco, por las nubes bajas. Las casas dejan paso a los maizales. Damos alcance a dos peregrinos agobiados por el peso de sus mochilas, que sonríen con vergüenza cuando los adelantamos.

—Qué raro, ¿eh, Sammy?

—¿El qué?

—Esto. Solo estamos caminando. De eso se trata. Es en lo que consiste todo el viaje. No hay nada más complicado que esto en todo el país.

—Ya. ¿Y?

—Pues que el resto está en la cabeza.

—Como todo, papá.

—No sé cómo explicarlo.

—Bueno —me aconseja mi hijo—, tienes todo un país para pensártelo.

Más adelante vemos a una mujer mayor caminando con soltura y a paso ligero.

—Qué buen paso lleva esa señora, ¿eh?

Al decirlo me doy cuenta de que hablo como mi padre. Él hacía muchos comentarios sobre la gente con la que nos cruzábamos por la calle o en coche. De pequeño, para mí, lo más incómodo era cuando hacía comentarios sobre el atractivo de las mujeres. «Qué chica más mona», era una de sus frases favoritas, que nunca dejaba de incomodarme.

—Para mí que ha salido a pasear —dice Sam.

La mujer, que no lleva mochila, se mete por el camino de su casa.

—Ah —mascullo. Una vez vuelto en mí, distingo algo delante—. Mira —digo, señalando un roble al lado del camino. La corteza tiene pintada una gran flecha amarilla que apunta en la dirección por la que vamos—. Son las que tenemos que ir siguiendo hasta Santiago.

—¿En serio? —pregunta Sam—. Creía que bromeabas.

—No, qué va. Ten los ojos bien abiertos.

Para recorrer estos ochocientos kilómetros no hace falta saber orientarse demasiado. Basta con seguir las flechas por todo el país.

Algo más adelante, Sam pega un grito como si hubiera avistado el chorro de Moby Dick.

—¡Allá hay una!

Está señalando una flecha pintada en una piedra. Más lejos, en el suelo, hay otra, y luego otra.

Recorremos varios kilómetros de asfalto por una carretera estrecha y bastante empinada que va dando vueltas. La niebla baja serpentea por el valle a nuestros pies. Pasamos al lado de varias ovejas pastando, y de tres burros que rebuznan al vernos. Las matas de brezo están cubiertas por densas telarañas, brillantes de humedad. Con el verano en su apogeo se ve todo frondoso, lozano. Nos encontramos con varios grupos de peregrinos, algunos caminando con dificultad. Al no haber encontrado todavía un ritmo, ni unas costumbres fijas, la emoción y la adrenalina del primer día se ven neutralizados en muchos aspectos por la inquietud de lo desconocido. Con sus veinticinco kilómetros y sus más de mil doscientos metros de desnivel, el primer día de camino hacia Santiago es uno de los más arduos del viaje.

A finales de la mañana Sam se quita la camiseta sin pararse, colgándose la mochila de un solo hombro, retorciéndose, estirando la ropa y repitiendo el proceso del otro lado.

—Jo, nunca había olido tan mal —dice.

—Gracias por la información, Sam.

Llegamos a un edificio de piedra con mesas de picnic desde donde se domina la garganta. Teniendo en cuenta la considerable altura que hemos ido ganando, seguro que hay vistas espectaculares, pero resulta imposible averiguarlo porque el valle ha quedado cubierto por una espesa niebla. Por las mesas hay una docena de caminantes descansando, comiendo y bebiendo. Entro y pido mi primer café con leche en español desde la última vez que recorrí el país. En casa no soy nada cafetero, pero por alguna razón me aficioné al café con leche a la española, que es como una especie de batido con cafeína para adultos. Dejé en la mesa la taza, con su capa de espuma, y Sam levanta la vista de su Coca-Cola.

—Pero sí tú no bebes café, papá.

—Pruébalo.

Sacude la cabeza.

—No me gusta el café.

—Solo un sorbito.

Lo prueba.

—¡Anda! ¿Me pides uno?

—«Café con leche» —pronuncio en español, animándole a que practique un poco el idioma—. Más fácil, imposible.

—Venga, tío.

—Sammy, que hay que enseñar a pescar, no dar pescado...

—No me des la turra.

Me encojo de hombros.

—Da igual —dice.

Me levanto para ir a la barra. Va a hacer falta practicar un poco lo de ser dos adultos.

«No sé si voy a sacar algo de esto»

A unos 765 kilómetros de Santiago

Han pasado unas horas y estamos caminando por la tundra, entre montañas. Hay un hombre robusto, con una boina negra, en medio de un rebaño de ovejas con la cara negra. De su leche, muy preciada, se hacen los quesos vascos. Las nubes se hilvanan por los valles. La niebla, que con el calor se había evaporado, ha vuelto a taparnos las vistas y a enfriar el aire, pero luego, con la misma rapidez, se ha disipado, dejando paso a toda la fuerza del sol y ensanchando de nuevo el panorama. Entre las matas explotan los morados, amarillos y magentas de las flores silvestres. Nos paramos a comer un bocadillo en un prado, donde de repente oímos un golpeteo metálico que va creciendo. Del otro lado de la colina llegan tres caballos con cencerros al cuello y se paran a unos metros de nosotros. Se les unen dos más. Nos miramos todos en silencio, sin movernos. Luego vuelve la niebla, y el primer caballo gira hacia nosotros la cabeza. ¿Ha asentido? Se aleja lentamente, seguido por el resto, que desaparecen en medio de la niebla sin dejar otro rastro del encuentro que un ruido de cencerros alejándose. Sam me mira.

—Mola —dice en voz baja.

Se me han empezado a entumecer las piernas. Tengo que moverme. Pasamos junto a una vieja construcción abandonada de bloques de cemento, sin ventanas, apenas mayor que un cobertizo. Me asomo al interior. Hay bancos, una chimenea muy sencilla y algunos grafitis. Es un refugio de peregrinos primitivo y poco usado, para guarecerse de tormentas, lo que me hace desear que el buen tiempo nos acompañe a lo largo de todo el viaje. Pero, al mismo tiempo, percibo que a algo dentro de mí le gustaría quedarse o, mejor dicho, lo ne-

cesitaría. La satisfacción de las necesidades que aparecen y se sacian con total sencillez, sustituyendo a los lujos cotidianos por la dureza de las circunstancias, es algo que he aprendido a valorar profundamente en las pocas ocasiones de mi vida en las que me ha sido impuesto. Me gustaría que mi hijo también lo viviese, pero buscar a posta adversidades es un capricho de tontos consentidos, así que continuamos en silencio.

En un momento dado, Sam ve que escribo en una libretita.

—¿La última vez tomaste notas?

Antes de ese primer viaje, un amigo me regaló un pequeño diario en el que me invitó a anotar lo que pensara o sintiera a lo largo del camino. Noté que se me hacía incómodo escribir, como si me obligase a llamar a una puerta que no me apetecía abrir. El propio Camino la echaría abajo después de unos cientos de kilómetros, pero esa introspección adicional justo al principio, con todo lo que provocaba de por sí caminar, se me hizo insufrible.

—Desistí a los pocos días —le confieso a Sam.

—Claro. Total, ¿de qué coño sirve?

La frontera con España está marcada por un obelisco con un relieve en forma de venera, de concha de vieira. Sam y yo le damos unos golpes con nuestros bastones al cruzar una reja de ganado, entrando en otro país. No hay vigilantes ni vallas. Todo es igual: el camino de tierra, la topografía, el sol... Nos animamos.

—No sé si voy a sacar algo de hacer este camino —dice Sam—. Me gustaría tener una experiencia profunda, pero no sé si la tendré.

Seguro que la primera vez, al decidirme a venir, yo buscaba una vivencia parecida, algo que me transformase, pero en ese momento del viaje no era bastante valiente para reconocerlo en mi interior. Solo pensaba en mantener a raya mis temores y no perderme y morirme en medio de los Pirineos.

Pasa una sombra por mi hijo. Literalmente, desde arriba. Levanto la vista hacia el cielo, donde no queda ni una nube. Es un buitre leonado —cuya envergadura puede alcanzar los dos metros y medio— que aprovecha las corrientes para buscar carroña.

Me gustaría asegurarle a Sam que habrá valido la pena hacer el viaje, que estará lleno de descubrimientos personales, de ideas de esas que te cambian la vida. Llevo años haciendo declaraciones de ese tipo siempre que detectaba inseguridad o miedo en las voces de mis hijos («¡pues claro que existe Papá Noell!»), pero ahora, con Sam, sería caer en el infantilismo. Mi hijo ya es bastante mayor para entender que no puedo saberlo, y por muy bienintencionadas que fueran mis palabras, al carecer de base solo servirían para que valorase menos mis opiniones. Además, en el fondo, ¿a quién quiero aliviar con ellas?



Justo después de una elevación de 1429 metros (hemos empezado en los 170) aparece el final de nuestra primera etapa. Abajo, en el valle, a pocos kilómetros, se ven los tejados de la abadía de Roncesvalles.

En cuanto empiezo a bajar noto el esfuerzo en las rodillas. También noto el peso de todo lo que queda por delante, como si el descenso al valle nos comprometiese como no lo ha hecho la larga subida. Paradójicamente, experimento un alivio muy real al tener la certeza de que cumpliremos el objetivo de la etapa. Lo sentiría caminando en compañía de cualquier persona, pero quien se ha unido a mí en esta aventura es mi hijo, y, aunque ya no lo sea en términos legales, me siento responsable de su integridad física con más agudeza que en la vida normal, cuando la rutina y la familiaridad apaciguan los miedos, relegándolos a recovecos más confortables del cerebro.

Sintiendo una punzada en la rodilla, se me ocurre que hay muy pocas personas de mi círculo más íntimo con quienes no sentiría esta responsabilidad. Ha solido tratarse, en el transcurso de los años, de hombres un poco mayores que yo, no solo en edad, sino a menudo también en el aspecto físico, y en cuya presencia noto como si me descargase, como si estuviera a salvo, algo que me falta, aunque no suela darme cuenta. Es muy posible que un psicólogo pudiera explicarlo con facilidad: de niño quien me protegía era mi hermano mayor, Peter, y cuando estaba a su cargo me sentía vigilado, visto y querido como

nunca me pasaba con mi padre. En el colegio, con Peter a mi lado, nadie se atrevía a meterse conmigo.

El ondulante paisaje navarro se despliega a nuestros pies. Sam empieza a pensar en voz alta sobre el origen y el poder corrosivo de los celos.

—La verdad es que es un problema. Parece que no me lo pueda quitar de la cabeza.

Es la primera vez que alude a su vida con La Ex.

—Por algo lo llaman el monstruo de ojos verdes —digo yo.

—¿Tú eres celoso?

—¿Nunca te he contado lo de mi luna de miel con Dolores?

Estando de safari en Mozambique con la madrastra de Sam empezó a parecerme sospechosa la atención de nuestro guía hacia ella («Ven a sentarte a mi lado, Dolores, que desde aquí arriba se ve mejor»). Me fui cerrando, ensimismando, imaginando escenas en silencio hasta que mi mujer me preguntó por qué de repente estaba tan distante. Cuando le confesé mis celos se rio y cogió el libro que yo estaba leyendo, *Las nieves del Kilimanjaro*, de Hemingway, narrado por un moribundo cuya esposa le es infiel con su guía de safari. «¿No te parece que podrías haber sido un poco más creativo?», me preguntó. Se me pasaron los celos de golpe, y empezamos a reír.

—Pero bueno, aún le tengo rabia, al muy cabrón —le dije a Sam—. El caso es que los celos te pueden volver loco. Te impiden ver las situaciones claramente.

—Ya, supongo.

A cada paso, durante la bajada, la mochila rebota en mi espalda. Me la ajusto más.

—¿Te has arrepentido alguna vez de divorciarte de mamá? —pregunta Sam de sopetón.

Carol y yo nos divorciamos cuanto él tenía dos años. Está claro que va a ser un viaje con todas las cartas sobre la mesa.

—Bueno, Sammy, es complicado... —digo—. Arrepentido no es la palabra. Triste sí fue, por descontado, y tardé mucho en darme cuenta de que tenía que hacer el luto de la relación, aunque la hubiera cortado yo.

Cuando Sam todavía era muy pequeño le comenté a una amiga que habíamos hablado con franqueza de por qué habían roto sus padres, y ella, después de escucharme, me dijo: «Es una conversación que volveréis a tener muchas veces». Su observación fue al mismo tiempo sagaz y profética. En cada fase de la maduración de Sam ha vuelto el tema, y siempre hemos profundizado un poco más, acercándonos más al meollo. Cada vez he tenido que respirar hondo y jurarme ser fiel a su necesidad de saber. Ahora que Sam ha pasado a formar parte de los adultos con expareja, su visión del tema ha adquirido una perspectiva adicional, tal vez más matizada.

—De lo que estoy convencido es de que todos estamos mejor de como estaríamos si mamá y yo hubiéramos seguidos casados —digo.

—Ya, ya lo sé —contesta Sam.

Caminamos en silencio algunos pasos, que me castigan las rodillas.

—Supongo, Sam, que a fin de cuentas me pareció que tenía que dejar un quince por ciento de mí mismo en la puerta. Cosa que me deja a mí en muy mal lugar, no a tu madre, en absoluto. Igual fue simple egoísmo.

Ya tenemos delante el refugio de Roncesvalles. Hemos vuelto a callarnos. Solo se oyen nuestros pasos.

—Papá —dice Sam finalmente—, ¿hay alguien de fiar?

Trago saliva.



Construido en 1127, el primer albergue de peregrinos de Roncesvalles prometía que «la puerta se abre a todos, enfermos y sanos, no solo católicos fieles, sino paganos, judíos, herejes, desocupados y vagabundos». Seguro que en alguna categoría entramos Sam y yo, así que abro la puerta moderna de madera maciza.

Hace un cuarto de siglo, al llegar a Roncesvalles, encontré una sala grande, oscura y húmeda, con más de cien literas que daban cobijo a otros ocho caminantes. En estas instalaciones nuevas, limpias y luminosas, con varias plantas divididas en discretos cubículos, cabe casi el doble. Es la primera indicación real que tengo de cuánto ha prosperado el Camino desde mi última visita.

En cada población que atravesemos habrá un albergue de peregrinos por el estilo, aunque no tan grande. Constituyen la principal infraestructura de acogida a los peregrinos cansados. Al principio dependían exclusivamente de la iglesia del pueblo o ciudad, y en muchos casos estaban justo al lado de ella, pero con el aumento de la popularidad del Camino aparecieron albergues independientes. La mayoría son espartanos, con dormitorios comunes y literas, aunque también los hay casi lujosos.

Al entrar recibimos la entusiasta acogida de un hombre muy flaco que nos sella las credenciales de peregrino. Manifiesto mi sorpresa por las instalaciones, y él nos pregunta con orgullo si queremos cama.

—Ahora mismo hay menos de la mitad de caminantes que de costumbre —nos explica—. Vengan.

Abre los brazos para invitarnos a seguirlo.

Lo que ocurre es que yo, recordando colchones vencidos sobre somieres oxidados, y duchas comunes como mínimo precarias, ya he reservado habitación al lado, en un antiguo monasterio. Al oírlo de mi boca, nuestro aspirante a hospedador reacciona como si le hubiera dado una bofetada. Parpadea muy deprisa y nos invita a irnos. Ya.

En mi anterior Camino dormí más o menos la mitad de las noches en albergues, y el resto de las veces opté por pequeños hostales, cosa que me valió alguna que otra pulla entre los demás caminantes.

—Ah, pues entonces no eres peregrino de verdad —me soltó un holandés durante una cena en grupo—, porque te alojas en hoteles con duchas.

Me lo quedé mirando.

—¿El Camino no te está enseñando a prescindir de hacer estos juicios sobre los demás?

Puso cara de rabia.

—Tú haz tu Camino, Hans —le regañó la alemana sentada a su lado.

Hans fijó la vista en sus judías.

Yo era un peregrino de tarjeta de crédito, y no me disculpaba por serlo. Veintiséis años después, la idea de que alguien me pise al subir a la litera de

encima, y de esperar para entrar en el váter, me resulta aún menos atractiva. Sam y yo damos media vuelta y cruzamos el patio para entrar en el antiguo monasterio.

Después de un día en perpetuo movimiento, a Sam le cuesta quedarse quieto en nuestra habitación, limpia y espartana. Como Roncesvalles tiene una historia tan movida y sangrienta, que se remonta al año 778, cuando Rolando murió a manos de los vascos de la zona al encabezar la retirada del ejército de Carlomagno, el mismo Rolando que se hizo tan famoso en la poesía y los cantos medievales, me tienta pensar que quizá a Sam le interese este sitio, pero me equivoco: se aburre enseguida de su población fija de treinta habitantes, de sus claustros, de su iglesia y de su museo, carentes, a su modo de ver, de cualquier tipo interés.

—¿Y ahora qué se supone que hacemos? —pregunta.

No puedo serle de ninguna ayuda. Me he tumbado de espaldas en la cama, con las piernas en alto y los pies apoyados sobre el cabezal, en la pared, tan doloridos que hasta se ve cómo palpitan. He empezado a notar un hormigueo en las manos y los dedos. El resto de mi cuerpo está insensible. Según mi móvil, he dado 40 527 pasos y he subido el equivalente de cuatrocientos veintidós tramos de escalera.

—Voy a por una Coca-Cola.

Sam da vueltas como una fiera enjaulada.

—Joder con la puta caminata, no se acababa nunca.

Sigo mirando el techo. Me está costando hablar.